







TOCA MI VENTANA

ANA GIL QUILES



MURCIA
2022





Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español
de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra

“Toca mi ventana”

© Ana Gil, 2022

© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2022
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.

Imagen de portada: Mariano Martínez Alcántara



www.editorialtiranobanderas.es
editorialtiranobanderas@gmail.com



Primera edición: mayo de 2021
Segunda edición: agosto de 2022

ISBN: 978 84 124843 0 4
Depósito legal: MU 772-2022

Printed in Spain - Impreso en España





Para Juan Carlos, Francisco y Lola







PRÓLOGO

El libro que tienes en tus manos no contiene una historia cualquiera. ¿Por qué? Es un viaje de sensaciones que te lleva desde la adolescencia hasta los tiempos actuales. Portadas de periódicos, telediaros, incluso las mismas redes sociales nos hablan últimamente de un tema que sabemos muy delicado. Lo vemos desde fuera como algo imposible, que nunca nos puede pasar a nosotras, pero antes de darte cuenta estás atrapada dentro.

Podemos ver esto en Carlota, una chica morena, rubia y pelirroja; con los ojos verdes, marrones y azules; alta y baja; con más y menos caderas; que vive en la ciudad, en el pueblo y en la playa. Carlota, desgraciadamente, en 2019 somos todas. Si no lo crees, puedes ver las estadísticas. Pero es una realidad que parece ignorada, por cada uno de los miembros de esta sociedad.

Nosotras mismas, estudiantes de 4º ESO, nos damos cuenta de la falta de educación igualitaria. En el libro de historia faltan nombres femeninos, en literatura no aparecen autoras, en deporte nos siguen separando a chicos y chicas (porque, claro, ellos son más fuertes). Por no hablar de las escasas charlas de educación sexual que recibimos y la vergüenza que pasamos al pensar en la posibilidad de manchar de sangre la silla de clase. Mientras esto pasa, el sexo para nosotras es algo tabú y a ellos se les oye hablar de eso a diario. No hay nada de lo





que extrañarse, pues, al llegar a una situación de maltrato.

Cristian aparece en forma de chico educado, que te quiere mucho, te llena de mimos... tu príncipe azul, la media naranja. Pero lo que no sabes es lo que él puede llegar a hacerte. Cabe destacar la figura de Emma. Las tres que estamos escribiendo este prólogo, somos súper amigas. Nos hemos prometido actuar como ella entre nosotras. Preferimos una pelea a no saber cómo acabar.

Lo que la autora pretende conseguir con esta novela es mostrar la realidad de lo que puede suceder en una relación que empieza siendo normal. *Toca mi ventana* ha conseguido abrirnos los ojos en muchos aspectos. No solo respecto al maltrato, también sobre la amistad. Muestra el lado familiar, ya que, a nuestra edad, siempre se infravalora a los tuyos, lo más valioso que tienes en la vida.

Proponemos que cada lector aporte su granito de arena. No hace falta nada económico, ni material. Se trata, simplemente, de ayudar a los que nos rodean. Porque nunca sabemos lo que pueden estar pasando.

Ana, Lola y Mari Luz





TOCA MI VENTANA







MADRUGAR

Emma tocó con los nudillos el cristal, como todas las mañanas, una vez y otra. Sabía que si llamaba al timbre de la puerta no obtendría el mismo resultado. Intentó abrir la ventana, pensando que tal vez Carlota la hubiera dejado semi abierta y así podría gritarle a través de la abertura para que saliera, pero no era así. «¡Qué barbaridad, todas las mañanas lo mismo! Esto es amistad y lo demás son tonterías», pensó. De manera que decidió tamborilear con los dedos mientras tarareaba mentalmente la *Marcha Imperial de La Guerra de Las Galaxias*. Entonces vio que algo se movía bajo la colcha, incluso le pareció oír...

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —Carlota se dio cuenta de que su amiga estaba golpeando la ventana—. ¡Oh, vaya! —susurró con algo parecido a una voz de ultratumba antes de añadir—: Ya voy.

Se incorporó en la cama con un ojo aún cerrado y el pelo alborotado. Sentada en el borde vio que Emma estaba fuera e hizo un esfuerzo titánico para levantarse. Caminó arrastrando los pies, para no gastar más energías de las estrictamente necesarias, no fuera que se despertara del todo. Le hizo un gesto dándole a entender que iba a abrir la puerta principal. Cuando lo hizo, un rayo de sol se coló deslumbrándola, lo que la obligó a poner la mano en la frente a modo de visera. Una especie de gruñido salió de sus entrañas, Emma no tenía ni idea





de lo que su amiga le había dicho, ni siquiera sabía a ciencia cierta si estaba despierta o sonámbula. Entró muy pizpireta en la cocina de Carlota dispuesta a arrastrarla al instituto.

—Buenos días, dormilona, yo no sé a qué te dedicas por las noches, pero no hay quien te saque de la cama.

—Voy a cambiarme.

—Vaya, ya se va entendiendo lo que dices, el gruñido matinal ha mutado hasta convertirse en una frase casi descifrable.

Emma, como la mayoría de las mañanas, sacó una taza del armario, abrió la nevera y la llenó de leche. Aún hacía calor, así que no la calentó en el microondas. Buscó en la despensa hasta que encontró unas galletas. No eran las preferidas de Carlota, si bien bastarían para un desayuno rápido.

—¿Cómo vas? —gritó desde la cocina.

Sabía que su amiga necesitaba sentir el aliento en el cogote para ponerse en marcha por las mañanas. Después de tantos años yendo juntas a clase se habían convertido en algo más que hermanas. Carlota era un auténtico desastre para algunas cosas. Gracias a Dios, contaba con Emma. El tintineo de la cuchara contra los bordes de la taza le revelaba que Emma ya estaba trajinando en la cocina preparándole el desayuno. ¡Qué suerte tenían de contar la una con la otra! Había sido un flechazo a primera vista. Desde Infantil, se sentaron en pupitres contiguos y hasta la fecha habían compartido todo. Iban juntas al mismo instituto y se las apañaban para conseguir estar siempre en la misma clase. Eran lo que se dice inseparables y, por supuesto, se habían hecho confidencias de todo tipo. Parecían de planetas diferentes. El pelo igual de rizado, casi indomable. Sin embargo, una era morena con los ojos negros y la piel oscura. Su amiga, pelirroja, con los ojos verdes, la tez blanca y cubierta de pecas.





—Ya estoy casi —dijo Carlota, que salió del baño abrochándose el vaquero y se tomó la leche de un trago, sin galletas—. Voy a lavarme los dientes y nos vamos.

—Si te peinas un poco no estaría de más.

—Pareces mi madre.

Emma oía el grifo del baño y el sonido del cepillo eléctrico. Escuchó cómo escupía su amiga la pasta de dientes y supuso que después se había peinado, porque cuando salió llevaba su pelo negro ensortijado algo más ordenado que unos minutos antes.

—Pues, a partir de ahora, me voy sola al *insti* y te dejo aquí —se quejó Emma.

—No, eso no —se acercó y le plantó un beso *chillao* en la mejilla con olor a dentífrico—. ¿Qué haría yo sin *mi muy mejor amiga*?

—De momento, dormir más horas. ¿Qué estuviste haciendo anoche?

—Chatear con Cris —Carlota cogió la chaqueta, su mochila y las llaves. Salieron en dirección al centro escolar.

—¿El nuevo *buenorro*? Pero si apenas lo conoces.

—Ya, pero me mandó hace un par de días un mensaje para preguntarme sobre los ejercicios de *mates* y hemos empezado a *wasapear*.

—A ver, que yo me entere, ¿el *Adonis ese* que te cagas te consultó a ti, la desastre que lo flipas, sobre matemáticas? Está claro que quiere rollo.

—Sí, cristalino, yo lo sé, él lo sabe y ahora tú también. Además, cuando me preguntó por los ejercicios le dije que no sabía los que debía hacer y, aun así, continuó chateando conmigo.

—Y... ¿Cómo no me lo has contado antes?





—Al principio no le di importancia.

—Bueno, y ¿qué tal es?

—Aparentemente, simpático.

—Pues eso está muy bien, pero si chateas hasta muy tarde luego no hay quien te saque de la cama. Dile a tu madre que antes de ir al trabajo te ponga el despertador.

—Ya lo hace, pero lo apago y sigo durmiendo. No lo puedo evitar —contestó Carlota con un gesto de resignación.

Ambas amigas residían en un barrio tranquilo de las afueras, a unos quince minutos andando la una de la otra. Eran viviendas a nivel de calle. La casa de Carlota tenía, además, una pequeña parcela que su padre, Ángel, haciendo honor a su nombre, cuidaba con gran esmero. No obstante, de eso hacía mucho, o al menos le parecía a ella. Ahora su madre hacía lo que podía con el poco tiempo de que disponía. Se diría que a Patricia no se le daba tan bien mimar las plantas. Era raro que florecieran y a duras penas aguantaban el invierno. Las más delicadas se habían ido en pocos meses. Solo algunos geranios perduraban y la enredadera, que trepaba por los laterales de la casa resistiéndose al fracaso, por no hablar del césped. Al final terminarían poniéndolo artificial. Lejos quedó el proyecto de su padre de incluir una piscina. Se evaporó en cuanto aquella maldita furgoneta que le adelantó no guardó la distancia de seguridad y destrozó su bicicleta con él encima. Un repartidor, despistado, leyendo lo que sería su próximo encargo, le arrebató a su padre para siempre. Se quedó sin Ángel, ni piscina, ni jardín.

Entraron por la puerta del instituto camino de Primero A. El silencio de los pasillos indicaba que llegaban tarde. Así que corrieron escaleras arriba y, una vez en la segunda planta, fre-





naron al ver que había alumnos en la puerta. El profesor de Lengua no había entrado aún en el aula. Llegaron a clase y Cristian estaba sentado al fondo charlando con Roque, otro chico nuevo con el que había hecho amistad. Cuando las vio, levantó la cabeza a modo de saludo para continuar como si nada. Emma dio un codazo a Carlota y fueron a sentarse en la otra punta de la sala.





APOSTAR

Cristian no podía dejar de observar a Carlota. Era tan guapa, alta, delgada, morena, con el pelo rizado, los ojos grandes y negros, y una sonrisa difícil de soportar. Pero lo que más le gustaba era su piel dorada y brillante. En la hora del recreo se acercó a ella, barajó la posibilidad de preguntarle por las Matemáticas. Sin embargo, había quedado claro que no estaba muy puesta en la materia, así que ya debería saber que él tenía interés por otros aspectos que no eran precisamente lectivos. Por supuesto, sabía que estaba loquita por él.

Nunca le había rechazado una chica, aunque no tenía lo que se dice una belleza arrebatadora. No obstante, sus ojos y su sonrisa conquistaban a todo aquel que se cruzaba en su camino. Estaba acostumbrado a ver a las mujeres babeando a su alrededor, a que las madres lo consideraran un yerno estupendo, incluso el hijo que no habían llegado a tener. Se diría que las profesoras y algunos docentes también sentían algo por el muchacho. Puesto en pie, se armaba la marimorena porque Cristian se machacaba en el gimnasio, y era el ganador del premio *al culo del año* allá donde dicho certamen se celebrara. Lo cierto es que sus horas le había costado y las afortunadas que conseguían tocar sus nalgas no se olvidaban de semejante experiencia.

Después de las tres primeras horas, en el patio, Carlota y Emma hablaban apoyadas en la pared, comiendo unos bollos.





—Uff...

Cristian odiaba las grasas saturadas y las patatas fritas. De vez en cuando podía comerse una piruleta o alguna chuchería, pero no con asiduidad. Los Mc Donald's o Burger King eran sitios a los que no solía acercarse, solo para invitar a alguna chica cuando no tenía mucha pasta, y comía con asco. Conservar ese cuerpo era difícil y no quería acumular ni un gramo de grasa. Solo ansiaba mostrar músculo. Por eso se atiborraba a pasta y arroz. Cuando saliera con Carlota intentaría educarla en ese aspecto. No podía consentir que su pareja fuera gorda, qué vergüenza, y aunque estaba delgada no veía que hiciera mucho deporte. Parecía algo enclenque. Habría de procurar que se cuidara. Si querían tener hijos en un futuro, tendrían que estar sanos y eso empezaba por unos padres que siguieran unas costumbres saludables. Claro, que no podía llevarla a su gimnasio. Los cabritos de sus compañeros eran capaces de levantarle el ligue, y alguno estaba incluso más cachas que él.

—Hola, chicas, ya estáis comiendo porquerías... ¿Quién se anima a venir a correr mañana antes de clase?

Emma y Carlota se miraron y se echaron a reír:

—A ver, Cris —contestó Emma—, si no fuera porque cada mañana voy a sacar a Carlota de la cama a rastras, aquí, la amiga, no llegaría a clase nunca. Se pasaría la vida durmiendo. No tengo muy claro que se levante antes para ir a correr. Si fuese para ir de compras o al parque de atracciones sería distinto.

Mientras decía esto recibió un señor pisotón de su amiga, que consideraba que Emma estaba hablando más de la cuenta.

—Eso no está bien, hay que cuidarse, preciosa —Cristian acarició su mejilla, mirándola intensamente a los ojos, mientras la piropeaba y sonrió, con ese gesto que solo él sabía mostrar. Vio que las pupilas de Carlota se dilataban, con un leve





rubor subiendo por sus prominentes pómulos. Entonces lo corroboró, estaba loca por él. Ya la había conquistado. Ahora solo había que dejarla entrar.

—No me parece mala idea, puedo hacerlo. Me vendrá bien un poco de aire fresco por las mañana, ¿no? —dijo mirando a su amiga.

—Claro, hasta que oigas mis nudillos en la ventana llamándote y entonces te darás cuenta de que todo ha sido un sueño —le respondió algo molesta.

—¿Crees que no puedo levantarme temprano para hacer algo de deporte?

—Hombre, si te acuestas pronto y no te dedicas a hacer lo que sea que hagas por las noches para que te quite el sueño...

Emma levantó las cejas mientras soltaba la indirecta a su amiga, a lo que Carlota respondió frunciendo el entrecejo, ya que pasaba las noches chateando con Cristian.

—Chicas, no discutáis. Podemos hacer una prueba, o mejor... una apuesta. ¿Qué os parece?

Emma se separó de la pared poniéndose frente a frente con su amiga. Una media sonrisa se dibujaba en su cara, pero en el fondo estaba algo celosa. ¿Sería capaz Carlota de madrugar para ir a correr? Es más, ¿lograría dar unas simples carreras aunque fuera sin madrugar? Lo dudaba mucho, pero su chulería la había puesto en órbita y estaba dispuesta a apostarse un cine con palomitas y todo.

—De acuerdo —dijo Emma extendiendo la mano hacia su amiga—, apostado un cine. Quien pierda invita a la otra. La que gane puede decidir la *pelí*. Como me toque a mí, elegiré la más terrorífica de la cartelera. Pero no vale que corras un día nada más, tienes que durar como mínimo una semana.





—Trato hecho —Carlota estrechó su mano—. Ve ahorrando, guapita. Y respecto a la película... como elija yo, te vas a tragar el drama del siglo.

—Perfecto, chicas. Pues... Carlota, mañana te recojo a las seis y media en tu casa. Mándame la ubicación por *WhatsApp*.

Cristian acabó dando media vuelta y se fue con una sonrisa en los labios.

—¿Ha dicho las seis y media? —preguntó Carlota volviéndose hacia su amiga—. Me cago en la leche. ¿Pero qué he hecho?

Las carcajadas de Emma se oían en todo el instituto. Ya sabía incluso qué película iba a escoger.

